

Plutarco, lo cual no impide que en algunos casos acepten variantes no recogidas en manuscritos. Al texto griego, con un extenso aparato crítico, le acompaña una traducción, con mención al pie de *loci paralleli* y de las referencias a otros autores antiguos que son mencionados en la propia obra. Un extenso comentario aparece a continuación del texto y la traducción, especialmente necesario en este caso por las múltiples referencias históricas y literarias de la obra, y en donde también se da una explicación en profundidad de las lecturas elegidas en la edición.

Al excelente trabajo que ha salido a la luz sólo pueden reprochársele algunas erratas mínimas, fácilmente subsanables por el buen sentido del lector en concreto, en 345 F 1 aparece ἀνακλᾶται en lugar de ἀνακλάται, y στιχίδια en lugar de στιχίδια en 347 F 1.

Nos hallamos, así, ante una edición modélica, que nos permite acercarnos a este tratado de Plutarco con todas las garantías, y un caudal de información exhaustiva sobre el tratado: no ha hecho falta caer en un tono divulgativo mal entendido para acercarnos de hecho a una de las obras de Plutarco que más interés han despertado en los últimos años.

ÁNGEL RUIZ PÉREZ

Epigramas funerarios griegos, traducción, introducción y notas de M.^a Luisa del Barrio Vega, Madrid (Biblioteca Clásica Gredos, n.º 163), 432 pp.

La Dra. del Barrio es bien conocida entre nuestros lingüistas por sus trabajos de dialectología, entre los que destaca su Tesis Doctoral, muy valiosa, sobre el euboico, dirigida por el prof. M. S. Ruipérez (Madrid 1987). Su interés por los documentos epigráficos la lleva a estudiar también otros aspectos. A los epigramas funerarios había dedicado ya algunos trabajos, en los que abordaba el problema general de la tipología (*EClás* 95, 1989, pp. 7-20), la forma dialogada (*CFC* 23, 1989, pp. 189-201) y el tema *carpe diem* (*Actas del X Simposio de la Sección Catalana de Est. Clásicos*, en prensa). En este volumen de la Biblioteca Clásica Gredos traduce una selección muy amplia de dichos poemitas, seiscientos, según su numeración, pero en realidad algunos más, puesto que varios de ellos tienen diferentes versiones, que se recogen, cuando están dedicados al mismo difunto, bajo un solo encabezamiento.

En una empresa de esta clase, que obliga a manejar documentación muy rica y variada, es esencial fijar criterios adecuados para seleccionar y ordenar. En la introducción, clara y pedagógica, la Dra. del Barrio expone su proceder. Recoge sólo epigramas que han sido realmente grabados sobre las lápidas, con exclusión, por tanto, de los que conocemos únicamente por la Antología Griega o por otras fuentes literarias. Entre ellos se eligen los que mejor pueden ilustrar los temas de la poesía funeraria. Estos temas proporcionan también el esquema de la clasificación adoptada en la traducción. Son dieciocho

en total, algunos con subdivisiones internas. Así, dentro del motivo de la *mors inmaturo*, se distinguen los epitafios de niños, la muerte antes de la boda, la muerte durante el parto, la soledad de los padres. Las piezas agrupadas dentro de cada epígrafe están ordenadas, en la medida de lo posible, cronológicamente. El resultado es una antología con notable cohesión, que permite seguir bien la evolución de cada uno de los temas a lo largo del tiempo.

Como es natural, el texto básico que se ha seguido para la traducción es el de Peek, aunque han sido tenidas en cuenta también otras ediciones y se ha procurado subsanar algunas de las deficiencias de aquél. El lector agradecerá, sin duda, que los encabezamientos que preceden a cada epigrama contengan muchas veces noticias más amplias y precisas que las escuetas indicaciones de la edición alemana. Esa información es especialmente útil cuando los epitafios están acompañados en las tumbas de escenas en relieve (algunas de las cuales están incluso reproducidas en el libro), puesto que a menudo hay una relación entre unos y otras. La datación de las inscripciones, en cambio, parece tomada generalmente del repertorio de Peek, aun cuando no pocas veces es muy posible precisar más.

Si uno examina con cuidado la traducción, advierte que está hecha con todas las garantías. Nada de extraño hay, con todo, en que no siempre se esté totalmente de acuerdo con la versión ofrecida. Así, en el interesante epitafio que habla de la bienaventuranza de un niño de dos años (n.º 465 = 861 Peek), cuando el infante muerto consuela a su padre diciéndole que no se aflija, porque él no está bajo tierra, sino que el águila de Zeus lo ha arrebatado, ἔπιπρω ὀμοῦ καὶ δαδὶ γεγηθότα, no hay que entender «cuando jugaba con el caballo y la antorcha»: el niño no estaba jugando con ellos cuando lo sorprendió la muerte, sino que está contento con ambos ahora, que ya no se encuentra en este mundo. Desde una perspectiva puramente lógica, γεγηθότα tiene valor proléptico, se refiere a la alegría de la que disfrutó en la otra vida. El caballo y la antorcha representan, tanto en el epitafio como en el relieve, un modo especial de divinización, el catasterismo, la conversión en estrella, del difunto, que ha subido al cielo y está allá entre los luceros de la mañana y de la tarde, según dice la inscripción.

Un trabajo tan amplio y documentado como el que reseñamos tiene que dar pie a otras observaciones de detalle. Hay algunas erratas de imprenta, siempre difíciles de evitar, que son, en general, subsanables por el lector (notemos en p. 31, *gérokomiá*, por *gērō-* o, mejor, *gēro-*); el famoso libro de Rohde se cita a veces como *Psiqué* (n. 34, 2; p. 39, 18), otras como *Psyque* (n. 35, 3) o *Psyqué* (n. 46, 2); Clitemestra es preferible a Clitemnestra (n. 37, 1). Al hablar (p. 40) de la ventaja que el muerto obtiene de no beber el agua del Olvido, pues que así conserva su memoria en el más allá, hubiera sido útil recordar la advertencia expresa que en ese sentido hacen las láminas de oro órficas, mencionadas, sin embargo, en la misma página a propósito del motivo de la sed de los muertos.

La bibliografía, tanto la que figura en la lista general (pp. 61-64), como la citada en las notas, es pertinente y está bien escogida. Quizás se eche en falta,

cuando se discute la cuestión de la influencia de lengua épica y de la utilización de los dialectos locales (pp. 49 s.), una referencia al artículo de K. Mickey, «Dialect Consciousness and Literary Language: An Example from Ancient Greek», *TPhS* 1981, pp. 35-66; la Tesis Doctoral de esta misma autora, *Studies in the Greek Dialects and the Language of Greek Verse Inscriptions*, Oxford 1981, no está publicada, pero puede obtenerse en microfilm. Otra Tesis doctoral, la de J. H. M. Strubbe, es muy valiosa para el tema, de las maldiciones contra los profanadores de tumbas, pero tampoco ha sido publicada, y el artículo-resumen aparecido en *Lampas* 16, 1983, pp. 248-274, está en holandés; ahora puede verse en inglés su trabajo «Cursed be he that Moves my Bones», en *Magika hiera*, New York-Oxford 1991, pp. 33-59, que la Dra. del Barrio no pudo, sin duda, leer antes de terminar su libro.

En conjunto los *Epigramas funerarios griegos* son recomendables a cualquiera. Quien no maneje con soltura el griego encontrará en ellos una guía segura para acceder a una fuente de primera importancia en tantos aspectos de la vida y la cultura griega; los helenistas tendrán la posibilidad de ver cómo ha entendido una experta estos textos métricos, lo cual, ciertamente, no es pequeña ventaja.

Universidad de Valladolid

MANUEL GARCÍA TEJERO

J. V. Morrison, *Homeric Misdirection. False Predictions in the Iliad* (Michigan Monographs in Classical Antiquity), Ann Harbor (Mich.), 1992, 166 pp.

El objetivo del trabajo, presentado en una primera versión como tesis doctoral (disponible en microfilm en UMI Dissertation Service, Ann Harbor, 1988), es el de analizar las falsas predicciones de la *Ilíada* en cuanto labor intencional del poeta épico. En el capítulo 2 precisará el punto de vista que va a tomar, un enfoque narratológico, en el que son centrales los conceptos de poeta (Homero) frente a narrador (dentro del relato), y en el otro lado de la balanza el de auditorio (ideal, el del relato) frente al del público real. Precisa también qué entiende por predicción: *toda afirmación que hace referencia a lo que puede producirse en la narración posterior*. Si se cumple habrá que hablar de *foreshadowing*; si no, de *misdirection*, término que podríamos traducir por *falsa pista*, en el sentido de orientación al auditorio en un punto, para después confundirlo con el resultado imprevisto. La *misdirection* opera como un contrapeso al *foreshadowing*: el segundo da al auditorio una perspectiva «divina» de los acontecimientos; la *misdirection* tiene el efecto de minar la confianza del auditorio en su capacidad de anticipar el desenlace de la historia. Con ello se aparta Morrison de las teorías que han buscado de diversos modos resolver los problemas que estas falsas predicciones presentaban, bien por medio del recurso a la atetización de esos pasajes, bien, en el caso de los analíticos, por la atribución de este tipo de pasajes a la labor de diversos autores en la configuración del poema, o bien, para los partidarios de la teoría oral, por considerar como secundario para el poeta el valor de